

“¿Pero cómo podemos estar seguros de que algo es verdad”?

Ese relativismo filosófico es terreno fértil para los creacionistas

Presentamos un pasaje de La ciencia de la evolución y el mito del creacionismo — Saber qué es real y por qué importa, de Ardea Skybreak. La traducción es del periódico Revolución.

Es importante reflexionar sobre *cómo* sabemos si algo es verdadero o falso. ¿Cuáles son los métodos y enfoques que permiten acercarse a la verdad y distinguirla de la falsedad? Sin entender en líneas generales esos métodos y enfoques es fácil caer en el error de aceptar cualquier mentira o falsedad, especialmente si la presentan con convicción personas que tienen posiciones de poder e influencia (gobiernos, autoridades religiosas, personalidades de televisión, etc.).

Es bueno ser críticos y cuestionarlo todo. Pero *también* es importante reconocer cuando al menos la verdad básica de algo se ha establecido claramente. Si los seres humanos pensáramos siempre que “no hay *nada* seguro”, ¿cómo podríamos vivir o hacer algo? ¿Nos paramos frente a un carro porque “nunca se sabe con seguridad” si nos va a atropellar? ¿No ponemos el despertador porque “nunca se sabe con seguridad” si sonará, o si en realidad existe, o si *nosotros* existimos y vale la pena que nos levantemos? Estos ejemplos parecen tontos, pero demuestran que hasta para funcionar de día en día necesitamos un método y un enfoque que nos ayude a establecer si una cosa es verdadera o falsa.

Desde luego nunca sabremos la verdad *absoluta* (en el sentido de que nunca sabremos todo lo que se puede saber de todo), pero sí tenemos métodos para llegar al punto en que podemos decir con un alto grado de seguridad que algo es verdadero, es decir, *que concuerda concretamente con un aspecto de la realidad material tal como es*.

Repito que es bueno e importante cuestionarlo todo, pero *también* es bueno e importante reconocer que no todo está siempre en el aire: a veces sabemos lo *suficiente* sobre un aspecto para aceptarlo como verdad, dejar de darles vueltas y seguir adelante. Esa es la situación con la teoría de la evolución.

Sin embargo, en Estados Unidos mucha gente todavía no sabe que tenemos *ese grado* de seguridad y certeza sobre la evolución. Los creacionistas fundamentalistas cristianos, con sus ataques a la evolución y a la ciencia, han sembrado mucha confusión sobre esto en la mente de la gente desde fines del siglo 19; y, por lo general, dichos ataques son más fuertes y agresivos en épocas de torbellino social y cuando se cuestiona y debate el rumbo general de la sociedad. En tales momentos, especialmente, los reaccionarios se resisten a toda forma de progreso social y al contrario exhortan a “volver a los valores y tradiciones esenciales”. Este momento no es una excepción.

Los creacionistas han librado campañas tan agresivas contra la evolución y la ciencia en los últimos años que en Estados Unidos las universidades informan que les preocupa el creciente analfabetismo científico en todo el país: cada año llegan más y más estudiantes con conocimientos tan pobres acerca de la ciencia básica que creen en serio que “la comunidad

científica está dividida sobre si ocurrió la evolución” y que la “evolución todavía es una teoría sin verificar”. Repito una vez más: esas dos nociones son *completamente falsas*. La comunidad científica (en Estados Unidos y en el mundo, y en todos los campos de la ciencia) *no* está “dividida” sobre los principios básicos de la evolución. Hay un consenso abrumador de que a) la vida *definitivamente* ha evolucionado y b) los *mecanismos* básicos de *la manera* en que la vida evolucionó y sigue evolucionando, como la selección natural, se conocen muy a fondo hoy.

La “teoría de la evolución”: Lo que es una teoría científica

Lo de que la “evolución es una teoría sin verificar” también es falso. Como he señalado a lo largo de este libro, existe una cantidad increíble de *evidencia* acumulada, que se refuerza mutuamente, a favor de la evolución; el consenso científico general es que la teoría de la evolución es una de las teorías mejor comprobadas y documentadas de la ciencia.

Pero uno de los métodos favoritos de los creacionistas es sacar provecho de la ignorancia y confusión que tiene la gente en torno al significado de varias palabras básicas. En el lenguaje cotidiano, con frecuencia “teoría” quiere decir “una adivinanza” o algo que no se ha comprobado que es verdad. Los creacionistas esperan que cuando se oiga decir “teoría de la evolución”, uno automáticamente piense que es algo sin comprobar. Pero en los círculos científicos “teoría” tiene un significado muy distinto: una “teoría científica” es lo que los científicos llaman un conjunto complejo de ideas que *relacionan* diferentes ideas y propuestas que logran explicar (desde distintos ángulos) los principios y mecanismos básicos de un proceso natural, como el origen y el posterior cambio y desarrollo de una parte de la realidad material concreta. Por ejemplo, los científicos hablan de la “teoría de la gravedad” o de la “teoría de Copérnico” (del movimiento de la Tierra y los otros planetas alrededor del Sol), pero eso no quiere decir que “se adivinan” que los objetos caen hacia el suelo debido a la fuerza de gravedad ni que “se adivinan” que la Tierra gira alrededor del Sol y no al revés. La teoría de la gravedad y la teoría de Copérnico actualmente están bien documentadas y cuentan con evidencia científica acumulada, y lo mismo se puede decir acerca de la teoría de la evolución.

Por otra parte, las teorías científicas pasan por un constante proceso de *desarrollo y profundización* a medida que el conocimiento humano crece y explica cosas que antes no se entendían. Con el avance del conocimiento es inevitable que se compruebe que se descubre que algunas viejas ideas son incorrectas y se descarten. La ciencia *avanza* concretamente cuestionando y examinando críticamente nociones científicas previamente establecidas. *Siempre* es cierto que habrá más que aprender y descubrir sobre *todo*. Pero eso no significa que nunca podamos salir a decir en un momento dado que algo es verdadero. Los que dicen que “nunca se sabe con certeza” caen en un método y enfoque equivocados llamado *relativismo filosófico*. (Por otro lado, como el conocimiento humano nunca es completo y perfecto, y siempre se está desarrollando, los que creen que poseen la “verdad absoluta” sobre todo, o todo lo importante, y que actúan en consecuencia, caen en el método incorrecto llamado dogmatismo, que es el “reverso” del relativismo). Cuando decimos que algo es “verdad”, significa que hay suficiente evidencia concreta convincente (preferiblemente de varias fuentes y ángulos, que se *refuerzan mutuamente*) de que nuestro conocimiento de un fenómeno *concuere rigurosamente* con ese aspecto *cómo existe* en la realidad objetiva, es decir, en el mundo material (que abarca todo el que sea parte del mundo natural y que también incluye a los rasgos y funcionamiento de la organización social humana). (Lea el recuadro “La realidad y las distorsiones de la realidad — La verdad objetiva y las influencias subjetivas”).

Comprobar que una teoría científica (ya sea del mundo natural o de la sociedad humana) es “verdad” no ocurre de la noche a la mañana. Para decir con certeza que una gran idea o un conjunto de ideas es “verdad”, tiene que pasar por el crisol científico: hay que explorarlas, criticarlas, cuestionarlas y ponerlas a prueba una y otra vez desde muchísimos ángulos. Una buena teoría científica expone predicciones acerca de lo que necesariamente podemos esperar a hallar en el mundo real si la teoría es verdad; *también* expone predicciones acerca de algunas de las cosas que *no* debemos tener la posibilidad de hallar en el mundo si la teoría es verdad. Esto se llama el principio de “falseabilidad científica”: por definición, para decir que una teoría científica es verdadera, tiene que haber la posibilidad de que se puedan refutar por medios de los hechos (cosas que si se descubren, demostrarían que la teoría es falsa). La teoría de la evolución se podría falsear (demostrar que no es verdad) si, por ejemplo, en un momento se encontraran huellas fosilizadas de dinosaurios y de seres humanos en las mismas capas de rocas sin tocar, porque eso significaría que los dinosaurios y los seres humanos vivieron al mismo tiempo, lo que contradiría completamente todo lo que sabemos sobre la secuencia de evolución de distintas especies y cómo ocurrió. Los biólogos pueden dar muchos ejemplos de cosas semejantes que (si se descubriera su existencia) echarían por tierra la teoría de la evolución. Mejor dicho, como toda buena teoría científica, la teoría de la evolución cumple el principio de falseabilidad; pero, en la práctica, la ciencia nunca ha encontrado nada (ni una sola cosa) que la falsee concretamente. Por el contrario, sí ha encontrado muchas, muchas cosas que la respaldan.

La teoría de la creación divina es una creencia religiosa, y no una teoría científica. Una de las pruebas claras de eso es que la teoría de la creación divina, por naturaleza y definición, es imposible de falsear. Los creacionistas se niegan a dar *ningún* ejemplo de descubrimientos científicos que aceptarían como prueba de que al final de cuentas su teoría de la creación divina es incorrecta. A su parecer, se trata de un asunto de principios, porque para ellos es cuestión de fe religiosa absoluta. Pero si se convierte en principio lo de decir que es imposible que se descubra información que pruebe que su teoría es incorrecta, ¡por definición no se está siguiendo los principios de la ciencia y su teoría no tiene nada que ver con la ciencia!

Por el contrario, repito, la teoría de la evolución ha respetado el principio de falseabilidad desde sus orígenes. Pero resulta que toda la evidencia científica concreta que se ha acumulado en el casi siglo y medio desde que Darwin la propuso *ha apoyado* repetidamente la teoría de la evolución biológica; y *nada* de dicha información jamás ha presentado evidencia al contrario. Por esto, más que nada, es que existe un consenso científico tan amplio y sólido sobre la teoría de la evolución.

* * * * *

La realidad y las distorsiones de la realidad – La verdad objetiva y las influencias subjetivas

Presentamos un pasaje de La ciencia de la evolución y el mito del creacionismo — Saber qué es real y por qué importa, de Ardea Skybreak. La traducción es del periódico Revolución.

El filósofo Robert Pennock ha escrito un libro muy útil e interesante sobre los problemas científicos y filosófico-metodológicos de los argumentos de los creacionistas de Diseño Inteligente y de otras escuelas del creacionismo. Este libro, *The Tower of Babel: The Evidence against the New Creationism* (La torre de Babel: La evidencia contra el nuevo creacionismo),

dice que los ataques de Diseño Inteligente contra el “naturalismo científico” caen en el error deconstruccionista “posmodernista” clásico de malinterpretar la obra de Thomas Kuhn. Este influyente filósofo e historiador de la ciencia planteó en la década de 1960 que la manera en que los científicos eligen el marco de referencia conceptual y teórico (el “paradigma”) que tienen que aplicar para investigar cuestiones científicas e intentar resolver rompecabezas científicos necesariamente está fuertemente influenciada por factores subjetivos, como las normas y las convenciones sociales importantes. Lamentablemente, una mala interpretación de ese planteamiento fue que no existe la verdad científica objetiva, que toda la verdad es por definición subjetiva y por lo tanto la teoría de cualquier científico es tan buena como la del vecino.

Pennock señala que esa no era la posición de Kuhn y que indicó que eso no era lo que quería decir, pues las verdades científicas en sí son objetivas (no subjetivas) y la verdad en sí no es relativa. Kuhn aclaró que su posición era que los científicos necesariamente reciben *influencias* subjetivas, incluso al elegir el marco de referencia conceptual y el método que utilizan para explorar la verdad objetiva de las cosas. Pero no obstante eso, pese a las excepciones de Kuhn, la interpretación incorrecta inicial de los planteamientos de Kuhn que según Pennock, al parecer se extendió por los círculos académicos, en los cuales se pasó a influenciar el desarrollo del “deconstruccionismo” en el mundo literario. El deconstruccionismo es un método de leer y analizar textos que enfatiza la *multiplicidad* de posibles lecturas e interpretaciones posibles de cualquier texto y las influencias subjetivas que cada lector (y cada autor) puede llevar a un texto. Por lo tanto, para los deconstruccionistas puede haber *muchas* interpretaciones “verdaderas” posibles de cualquier texto u obra de arte (en los planteamientos deconstruccionistas, “tu verdad” puede ser diferente a “mi verdad”).

Los llamados deconstruccionistas “posmodernistas” fueron más lejos y en esencia sostenían que la verdad “objetiva” de plano no existe porque cada persona aplica sus propias interpretaciones subjetivas a las cosas y no es posible conocer nunca nada *salvo* por medio de ese lente subjetivo distorsionado. Como explica Pennock, los deconstruccionistas posmodernos dicen que cuando las personas *creen* que algo es verdad, “eso solo se debe a que un determinado grupo u otro haya logrado establecer y afianzar su propio punto de vista debido a su posición, prestigio o poder”. Según esta noción, toda verdad es relativa y las “relaciones de poder” determinan lo que se considera verdad en cualquier momento. (Vea más en el citado libro de Pennock).

En contraste, el método del materialismo histórico y dialéctico (el método y el punto de vista que defienden y aplican los comunistas) coincide en que las influencias subjetivas (lo que incluyen los valores sociales, los convencionalismos y las posiciones y los métodos influenciados por una clase, especialmente cuando se concentran en las personas que detentan el poder) pueden alterar y sí alteran las percepciones de la verdad concreta de las cosas, y en que es importante reconocer e identificar esas distorsiones subjetivas; *pero eso no quiere decir que toda la verdad es relativa o que no es posible descubrir la verdad objetiva concreta en la naturaleza y la sociedad*. La noción de que toda verdad es relativa es una fórmula que conduce a la parálisis idealista: a renunciar a trabajar para conocer cómo es la realidad concretamente (independientemente de las nociones de las personas al respecto) y la manera en que las personas podrían trabajar conscientemente para afectar dicha realidad.

Para conocer la verdad *objetiva* de las cosas, se necesita aplicar consecuente y conscientemente un método *científico* que bregue repetidamente con la realidad objetiva y la ponga a prueba y la

transforme para ver si concuerda con las predicciones que hacemos para averiguar cómo es en un momento dado y las maneras en que es posible que esté cambiando y desarrollándose. Es cierto que nosotros *efectivamente* aplicamos nuestras influencias y puntos de vista subjetivos a esta tarea; pero *existe* la verdad concreta de las cosas (en la realidad objetiva concreta), el que nosotros interactuemos con la misma o no e independiente de nuestras opiniones subjetivas y de nuestras nociones preconcebidas. Y para conocer la verdad *concreta* de las cosas, tenemos que aplicar la *ciencia* —un método y una concepción del mundo científicos— y no el idealismo subjetivo u otras formas del *idealismo filosófico* (el que abarca las creencias en un reino sobrenatural situado por encima de la esfera de la realidad material concreta y fuera de la misma).

Por desgracia, como explica Pennock, el relativismo posmodernista tiende a ver la ciencia en sí simplemente como otra “narrativa y actividad interpretativa” (muy parecida al proceso de escribir textos literarios u otras actividades artísticas) y por ello esos relativistas concluyen que las verdades científicas “no son objetivas pero son constructos moldeados por las relaciones de poder y prejuicios”. De nuevo, hay una confusión o mezcolanza abigarrada de dos cosas: la realidad de que los seres humanos llevan interpretaciones y puntos de vista subjetivos a todo lo que hacen, lo que incluye a la ciencia, y que es necesario que trabajemos para desmenuzarlos conscientemente; y, por otro lado, el hecho fundamental de que la realidad objetiva sí existe independientemente de los seres humanos y que cuando éstos tomen mayor conciencia de lo que constituye el auténtico método científico y capten los errores metodológicos que tienen que evitar, es posible que los seres humanos se acerquen concretamente más y más de cerca (aunque nunca de manera perfecta) a la realidad concreta de las cosas. *¿Cómo siquiera nos sería posible hacer avances científicos y transformar la realidad conforme a nuestros objetivos propuestos (en el desarrollo de los antibióticos, por dar un ejemplo) si la realidad objetiva no existiera y si los seres humanos no tuvieran ninguna capacidad en absoluto para determinar con suficiente certeza la verdad objetiva que corresponde a esa realidad material?*

Los “creacionistas científicos” más tradicionales argumentan como si creyeran que está bien usar los métodos acostumbrados de la investigación científica porque al hacer eso, se puede producir “evidencia” de que la evolución no sucedió y por lo tanto la versión de la historia contada por un dios Creador en el Génesis seguro tiene razón. Pero en realidad esa gente no aplica métodos auténticamente científicos ni tienen ninguna evidencia científica legítima que posiblemente pudiera avalar su posición (en líneas generales, confeccionan afirmaciones absurdas que no se basan en nada, como la idea de que ¡el orden de los fósiles en distintas capas de roca representa el orden en el que los animales se ahogaron en el diluvio universal!). Principalmente, tratan de hacer que la gente cree su argumento de que la evolución no es una teoría científica sólida, con la esperanza de que se les permita presentar su alternativa religiosa en las clases de ciencias en las escuelas. Pero no obstante quisieran que la gente creyera que sus ideas creacionistas son compatibles con los métodos científicos modernos.

Por su parte, varios creacionistas de Diseño Inteligente en efecto son aún más anti-científicos que algunos de sus socios aferrados a interpretaciones literales de la Biblia, aunque puede que este fenómeno no siempre sea obvio en la superficie. Pero si se estudia lo que dicen y escriben, se verá que al menos algunas de estos creacionistas (especialmente Phillip Johnson y sus seguidores), *¡que quieren echar por la borda en el sentido literal las prácticas que por lo común se aplican en la ciencia!* Quieren que el conocimiento científico de alguna manera se obtenga “por medio” de la religión y por ende quieren que los métodos científicos reflejen esta

meta mediante la inclusión de la idea de Dios ahí mismo en el trabajo científico: la meta explícita del su ideólogo líder, Phillip Johnson (al menos), es reemplazar los métodos de la “ciencia naturalista” acostumbrada con una “ciencia teísta” (gobernada por Dios). Y quieren entrar a las clases de ciencias de secundaria y de las universidades para llevar a cabo ese maravilloso “cambio de paradigma”.

El filósofo Robert Pennock explica de manera convincente la noción de que esta nueva escuela de creacionistas tiene una fuerte influencia del relativismo posmodernista¹.

El propio Phillip Johnson es un profesor de derecho que se describe como un “deconstruccionista posmodernista” y niega que la ciencia natural pueda conocer la verdad objetiva concreta de algo. Él plantea que la teoría de la evolución es solamente una historia de interpretación subjetiva que por casualidad ha llegado a imponerse desde los tiempos de Darwin lisa y llanamente porque la comunidad científica ha logrado suprimir políticamente la enseñanza de teorías alternativas como la teoría de diseño divino. Exhorta a liberarse de la supuesta tiranía de la ciencia naturalista y sus reglas materialistas de evidencia. Sostiene que no podemos conocer la verdad de las cosas mediante la ciencia “naturalista”, ya que en última instancia eso solo se puede hacer conociendo a Dios. Sostiene que la verdad sí existe, *¡pero que solamente es la verdad de la revelación divina!*

Es importante reconocer que *esto* es lo que los creacionistas de Diseño Inteligente quieren colar en las clases de ciencias con “el mismo peso” que la teoría de la evolución, la que es una teoría científica que repetidamente se ha comprobado y verificado (¡vez, tras vez, tras vez!) —a diferencia del “Diseño Inteligente”— mediante observaciones y experimentos científicos concretos. Peca de una ausencia de todo principio permitir que la teoría claramente religiosa del Diseño Inteligente, que nunca ha presentado un solo artículo de investigación científica legítima en una sola revista científica legítima revisada por sus pares) se enseñe en las escuelas *como la ciencia*. Hoy los exponentes del Diseño Inteligente (avalados por algunos individuos en altos cargos de autoridad, hasta la presidencia [de George W. Bush]) han logrado sembrar confusiones de modo que muchas personas crean que la teoría de la evolución tiene bases dudosas y que es tema de controversia en la comunidad científica (¡aunque nada podría distar más de la verdad!); han logrado cabildear para que se publicaran nuevas versiones de algunos libros de texto que reflejan su teoría descabellada; ha logrado presionar para que algunas juntas escolares aceptaran su programa; han presentando demandas para socavar la separación entre el estado y la iglesia; y con mayor frecuencia, están logrando que los medios de comunicación establecidos les concedieran legitimidad y trataran su teoría como si fuera la ciencia seria. Pero nada de estas cosas cambia el hecho fundamental de que el “Diseño Inteligente” no es y nunca ha sido ciencia. Es religión. Y cualquier avance político que sus proponentes logren con relación a la promoción de una plataforma social reaccionaria no puede cambiar el hecho de que el Diseño Inteligente no contiene ni una pizca de credibilidad científica.

1

El artículo “El marxismo y la Ilustración”, de Bob Avakian, el presidente del PCR, también contiene un análisis muy interesante y relevante de este y temas relacionados. [Este artículo se publicó en el *Obrero Revolucionario* (ahora *Revolución*) #1029, 2 de diciembre de 2001 y se puede descargar en revcom.us, y se publicó en el libro en inglés *Observations on Art and Culture, Science and Philosophy* (Observaciones sobre arte y cultura, ciencia y filosofía), de Bob Avakian (Insight Press, 2005)].